

Marinos en INMERSIÓN

Los 200 militares que integran las dotaciones del Arma Submarina son herederos de una tradición centenaria

EN la Escuela y en la Flotilla de Submarinos todos somos voluntarios». El capitán de navío José Sierra Méndez eligió libremente la especialidad en 1986 y ahora es el comandante de esta unidad naval que desde Cartagena proporciona a la Armada «una ventaja estratégica muy importante y un poder disuasorio evidente», destaca antes de recordar que así ha sido durante los últimos 100 años. El Arma Submarina celebra este año su centenario. La tecnología ha avanzado a pasos agigantados desde aquel ya lejano 17 de febrero de 1915, cuando el Rey Alfonso XIII rubricó la Ley Miranda, que contemplaba la creación de «un servicio de Submarinos (...) con 28 sumergibles...». Sin embargo, la discreción y, por ende, el factor sorpresa, siguen siendo la base del *modus operandi* de la flotilla, siempre listos para actuar y «preparados para todo», como reza el lema de la unidad. Las misiones puramente de combate —el lanzamiento de torpedos y el fondeo de minas de profundidad—, de vigilancia, inteligencia, control del tráfico marítimo o la de infiltración de fuerzas especiales, entre otras, hacen del submarino una unidad naval «difícil de contrarrestar, tanto para el enemigo como para nosotros cuando es el adversario», afirma el capitán de navío Sierra.

La situación puede llegar a ser muy delicada cuando se produce, por ejemplo, una vía de agua, uno de los accidentes más graves de puede sufrir un sumergible. «Tenemos grabados a sangre y fuego los ejercicios de seguridad en inmersión que hacemos a diario, incluso durante una misión», explica el capitán de corbeta José Torrente Suanzes, comandante del *S-75 Mistral*. La seguridad del submarino, y no solo la consecución de la misión, dependen del nivel de adiestramiento de la dotación. «Si es bueno, no hay problema, aunque el riesgo siempre existe», asegura este oficial,

desde hace seis meses al mando de los alrededor de 68 hombres y mujeres que se distribuyen a lo largo de los 67 metros de eslora del buque.

La falta de espacio es una de las razones que cita el sargento mecánico Antonio Moral Casanova —miembro también de la dotación del *S-75*— cuando asegura que «la navegación en submarinos es muy sacrificada». La ausencia de intimidad o la lejanía de la familia son otros inconvenientes en el día a día de los submarinistas.

El cumplimiento de los procedimientos es estricto, pero el tratamiento jerárquico, por ejemplo, se suaviza respecto al que existe en un barco de superficie. «Allí, el trato de un

oficial con un marinero pasa por el suboficial o, como mucho, por un cabo primero», asegura el alférez de navío Fernando Clavijo Rey-Stolle, oficial de detección submarina a bordo del *S-75*.

Sin embargo, en el *Mistral*, «yo soy Ginés y no el cabo primero Casado», señala el miembro más veterano de su dotación, especialista en Armas Submarinas. «Yo llamo a mi gente por su nombre de pila», insiste el comandante del *S-75* como

una medida más que contribuye a estrechar las relaciones de compañerismo en el interior del sumergible. En su opinión, «no hay otra unidad militar en la que sus miembros estén más unidos».

Los oficiales José Torrente y Fernando Clavijo, el suboficial Antonio Moral y el cabo primero Ginés Casado son solo cuatro de los algo más de 200 marinos que forman parte de las dotaciones del *Mistral*, el *Galerna* y el *Tramontana*, los tres submarinos actualmente en servicio en la Armada, a la espera de la llegada de los modernos *S-80*, previsiblemente a partir de 2018.

J.L. Expósito
Fotos: Pepe Díaz

La seguridad a bordo es fundamental en el adiestramiento de la tripulación





■ Capitán de corbeta José Torrente Suanzes.
Comandante del *Mistral*

«LLEGAMOS DONDE OTROS NO PUEDEN»

COMO comandante de un buque negro de la Armada su principal objetivo «es mantener un equipo de profesionales lo suficientemente conjuntando que permita desarrollar todas las actividades propias de un submarino: labores de inteligencia, infiltración de equipos de operaciones especiales cerca de la costa o, como hacemos con la OTAN, seguimientos encubiertos de buques en misiones de contra-terrorismo». Alrededor de 68 marinos componen ese grupo compacto con el que trabaja en estas y otras muchas misiones el capitán de corbeta Torrente a bordo del *Mistral*. «Nuestra principal característica es la discreción. Nos permite llegar, sin ser vistos, donde otros buques no pueden».

Ser hijo de marino despertó y afianzó su vocación profesional. Con 19 años ingresó en la Armada. Su empatía por los submarinos nació visionando películas de la II Guerra Mundial y títulos como *Octubre Rojo* o *Das Boot*. «La sensación que transmitían era que los submarinistas siempre tenían ventaja sobre los buques de superficie». La realidad es, sin embargo, «algo distinta, pero en mi caso ha superado todas mis expectativas» navegando en el *Marsopa*, en los franceses *Perle* y *Améthyste* —donde estuvo de intercambio— y en el *Mistral*.

■ Sargento Antonio Moral Casanova.
Suboficial de Máquinas

«NUNCA HE PISADO UN BARCO DE SUPERFICIE»

INGRESÓ en la Armada en 2002 pensando poner rumbo a la Antártida a bordo del *Hespérides*. «Disfrutar de viajes largos y bonitos», explica el sargento Moral. Sin embargo, al salir de la escuela, decidió iniciar una singladura en un mundo, aunque frío también, muy distinto, por oscuro y profundo. «Hacía falta gente aquí», se justifica sobre su cambio de decisión en referencia a la Flotilla de Submarinos. «Nunca he pisado un barco de superficie», dice reafirmandose en su elección.

La condición de suboficial de máquinas ha llevado al sargento Moral a trabajar a popa, en el Puesto de Control de Propulsión, desde el que supervisa el funcionamiento de los generadores diesel que recargan las baterías que alimentan el motor eléctrico que mueve la hélice del submarino.

El *Tramontana* fue su primer destino. Desde hace dos años lo es el *Mistral*, buque con el que mantiene un vínculo en el que lo profesional y generacional se funden. «Mi padre —también oficial de máquinas— formó parte de su dotación de quilla y en él hizo su primera inmersión, hace 20 años. Yo espero vivir la última», afirma con el deseo de «dar el salto a los *S-80*» y continuar navegando en inmersión.



«Espero vivir la última inmersión del *Mistral* y dar el salto al *S-80*»



■ Alférez de navío Fernando Clavijo Rey-Stolle. Oficial de detección submarina

«SOMOS EL ARMA MÁS POTENTE»

EN su destino operativo, oficial de detección submarina, trabaja con tres suboficiales, dos cabos primeros y dos marineros bajo sus órdenes. «Un grupo de excelentes sonaristas», dice el alférez de navío Clavijo. Como oficial de guardia es la voz del comandante cuando éste se encuentra ausente de la cámara. En esos momentos es el responsable de la seguridad y del movimiento táctico del buque.

«Dañino, brutal, agresivo...». Son algunos de los adjetivos que utiliza cuando se refiere a la capacidad de combate de un submarino. Estudiando táctica en tercero de carrera en la Escuela Naval de Marín comprendió «la tensión, el miedo e, incluso, el terror», que para los buques de superficie puede suponer la presencia de un sumergible. «Es el arma más potente de la Armada».

Su abuelo, Tomás Clavijo, fue jefe de la Flotilla. Cuarenta años después dos de sus nietos siguen sus pasos en el Arma: Fernando en el *Mistral* y Tomás, comandante del *Tramontana*. Un tercero navega en la fragata *F-101*. «Mi padre está viviendo su sueño a través de sus hijos», expresa con orgullo en referencia a la vocación marinera que su progenitor no pudo desarrollar en la Armada por problemas de visión.

«La presencia de un submarino provoca tensión, miedo e, incluso, terror»

■ Cabo primero Ginés Casado Cegarra. Torpedista

«AFRONTAMOS CUALQUIER SITUACIÓN»

DESPUÉS de 19 años, sigo aquí, al pie del cañón». Por su especialidad —Armas Submarinas—, resultaría más propio decir «al pie del tubo lanzatorpedos». Dos en realidad, de los cuatro de que disponen los sumergibles de la serie 70. El cabo primero Casado comenzó a cargar torpedos y minas de profundidad en 1996, cuando embarcó en el *Tramontana*, continuó en el *Galerna* durante ocho años y, desde hace once, en el *Mistral*.

Su buen hacer en múltiples facetas y su veteranía le han convertido en «un seguro a bordo», dicen sus compañeros de dotación. Cuando monta guardia en el buque asume las funciones de electricista como cabo de central —la cámara de gobierno— encargado de supervisar el cuadro de seguridad en inmersión. «En puerto soy, además, el cartero».

«He tenido vías de agua, incendios a bordo... y siempre hemos salido. Aquí trabajan profesionales que conocen la plataforma entera y afrontan cualquier situación».

Su vida operativa como submarinista embarcado acaba aquí, en el *Mistral*, marcada por no sabe cuántas horas en inmersión —«perdí la cuenta en el 2000»— y por patrullas de hasta 62 días, algunas de 30 sin ver la luz del día.



«En algunas patrullas hemos pasado hasta 30 días sin ver la luz del día»